

# Álvaro Cunqueiro. La medicina popular en su obra (I)

**José María Eiros Bouza**

Facultad de Medicina y Hospital Clínico  
Universitario. Valladolid. España.

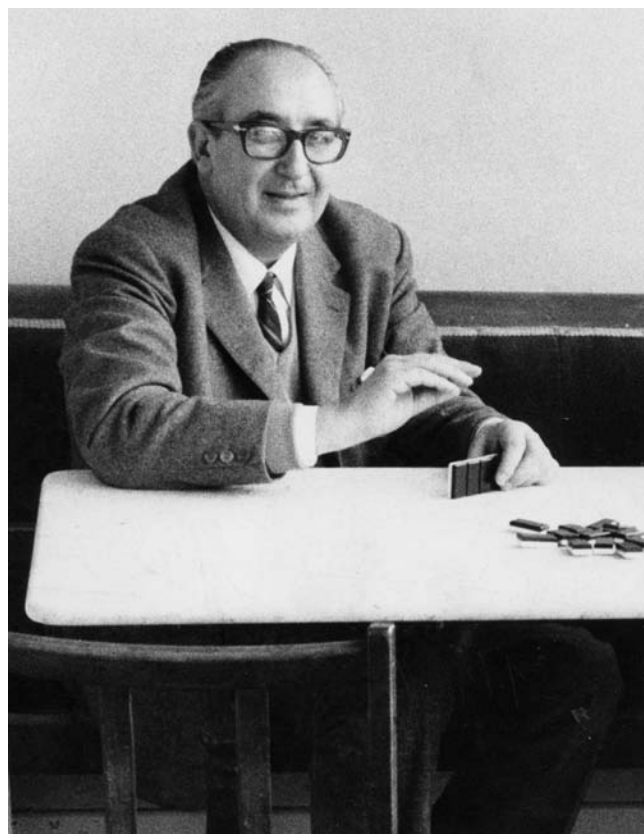
En el desarrollo del tema seguiremos un esquema basado en 6 apartados. En primer término, situaremos la medicina popular en el contexto de su obra. En segunda instancia, sus fuentes de conocimiento y desarrollo. En los apartados tercero, cuarto y quinto nos referiremos a la tipología del curandero —*menciñeiro*— cunqueiriano. En concreto, en el tercero veremos el modo de aproximarse el paciente y el *menciñeiro*. En el cuarto comentaremos la capacidad de éste para comprender el hecho de la enfermedad y su especialización. En el quinto abordaremos sus métodos de tratamiento y poderes de ultramundo. En sexto lugar, para finalizar, aludiremos a sus “otros saberes” e ilustraremos algún caso clínico.

### La medicina popular en la obra de Cunqueiro

*Escola de menciñeiros*, *Xente de aquí e acolá* y *Os outros feirantes* constituyen una hermosa trilogía protagonizada por figuras populares del país. Son 3 libros de Cunqueiro que contienen historias breves, en las que alude fundamentalmente a personas que él mismo conoció.

Si bien el tema de la medicina popular en el conjunto de su obra excede esta trilogía, nos referiremos a la tipología de los *menciñeiros* que recoge en su *Escola...*: Perrón de Braña, Borrallo de Lagoa, Xil da Ribeira, Lamas Vello, O Coxo de Entrebo, Pardo das Pontes, Silva da Posta, O Señor Cordal, Cabo de Lonxe y O Licho de Vilamor. Es oportuno señalar que el propio Cunqueiro añade a estos 10 a Mel de Vincios, tal y como advierte en *Xente de aquí e acolá*: “Cuando escribí mi *Escola de menciñeiros* se me olvidaron Mel de Vincios, Pita de San Cobade y un discípulo de Mel, un tal Lousas, que no sé si vive o ha muerto”. De estos dos últimos, sólo dejó esta referencia.

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre lo relativo a la medicina popular, hay un hecho del que conviene ser consciente: el tratamiento que hace Cunqueiro de ella resulta absolutamente genial. Para ahondar en él, aun someramente, parece obligado situarlo en el contexto de su obra y considerar lo que él razonaba inquietamente acerca de sus personajes: su imaginación, sus dudas, su galleguidad. Siguiendo su propia expresión, conviene recordar la carta que Cunqueiro dirigía hace una treintena de años al Dr. García-Sabell —eminente médico psiquiatra y destacada figura de la literatura gallega—, para consultarle la identidad de sus escritos: “Yo pienso —dice Cunqueiro— que estos son retratos de gentes de nuestra tribu, y que no podrían ser de otra cualquiera. Se quiere decir con esto que hay en ellos una onza en cada cual del ‘ser gallego’, y repartido entre toda esta entrañable



El presente texto tiene su origen en el atrevimiento a exponer unas reflexiones como lector ferviente de la obra de Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, 1911-Vigo, 1981), colaborador que fue de la revista JANO, cuando se cumple el cincuentenario de la publicación de una de sus obras más conocidas: *Merlín y familia*. Cunqueiro es también autor de *Escola de menciñeiros*, obra analizada en este artículo.



gente está casi todo el andamiaje del gallego, están sus varas de medir el mundo, las vueltas de su imaginación, las contravuestras de sus sueños y deseos, su calidad intelectual”. Y más adelante señala: “El gallego tiene una manera de imaginar que le es propia”. La cumbre de la inquietud que le originaba su propia obra lo expresa al fin de esta manera: “Yo no puedo profundizar en el tema, porque no soy antropólogo, ni sociólogo, ni siquiera folclorista, ni nada científico. Soy uno que anda entre estos nuestros y que cuenta. Yo quiero saber si hay mucha diferencia entre lo vivo y lo pintado, o más claro todavía: si estos míos son o no son gallegos y qué es lo que predicán del gallego”. Estas reflexiones que

fueron escritas cuando Cunqueiro ordenaba *Xente de aquí e acolá* pueden aplicarse también a *Escola de menciñeiros*, ya que como se ha expuesto mantienen una misma línea estilística.

Justamente, es García-Sabell quien define esta última obra como una solución de compromiso entre el vigor de la fantasía y el tirón de la realidad. Cunqueiro escribió estos relatos con el criterio que siempre sostuvo, con la misma fidelidad a la tierra y al hombre, a la lengua y a la tradición, mezclando magistralmente una insólita comprensión del ser de nuestro país, que tanto le preocupaba y unas envidiables dotes de observación.

## Fuentes de conocimiento y desarrollo

La primera fuente de contacto de Cunqueiro con la farmacología y la botánica tiene origen en su niñez. De su padre, don Joaquín Cunqueiro, que era farmacéutico, él mismo le comenta a Carlos Casares: “Mi padre era un buen boticario, buen zoólogo y sobre todo un gran botánico. Amigo del campo, cazador y pescador, muchas tardes, con una escopeta del veintiocho doblada debajo del gabán, salíamos de paseo. Me enseñaba todo y aprendí enseñada. Yo sabía todas las hierbas del mundo: la *Festuca pantesis*, la *Daptila numenta*, los tréboles, los lirios... en fin todas cuantas hierbas había por allí”.

Este conocimiento directo de la naturaleza, sin duda alentado por las explicaciones de su padre, se vería completado por el hecho de ayudar en la botica: “Me gustaba mucho. En primer lugar, yo sabía de memoria todos los botes con sus extraños nombres. Me preguntaba qué habría dentro del bote que decía *Maná* o en el que ponía *Opio*. Sabía la pirafidona, el sulfito de fontán y toda clase de preparados. Le ayudaba a mi padre a hacer las píldoras y los sellos en la máquina, a disolver los jarabes, a darle al molino de la mostaza para los sinapismos. Todas las cosas que se elaboraban en aquel entonces”.

La farmacia representa también otra fuente de contacto con parte de los *menciñeiros* que van a llenar sus relatos. Aunque haya quien crea que todos esos personajes son fruto de la imaginación, algunos existieron. En la biografía que sobre Cunqueiro publicó hace pocos años Armesto, comenta el testimonio de Pepe Cunqueiro —hermano de Álvaro— de cómo había atendido en la botica a algunos de ellos. En *Escola...* alude en 4 cuentos a esta circunstancia. De Perrón de Braña dice sencillamente: “Venía mucho por la botica de mi padre”. De Borrallo de Lagoa escribe: “Parece que lo estoy viendo en la botica de mi padre, aguardando a que le despachasen pastillas de clorato y un duro de aguardiente alemán”. De Cabo de Lonxe refiere: “Venía a la botica de mi padre, se sentaba en un rinconcito, echaba un pitillo y no tenía ganas de apuestas con las letras ni de hablar de Cuba”. Y más adelante vuelve a recordarlo, situándose cronológicamente en su vida: “Cuando yo era niño, y venía Pardo a nuestra botica, yo siempre le andaba pidiendo que silbase, y Pardo, haciéndose de rogar, imitaba para mí el mirlo, la tórtola y el pájaro que en Cuba llaman, en Camagüey, *guaro tentador*”.

Añade fuerza a la realidad de este trato directo con los *menciñeiros* la propia afirmación de Cunqueiro en la cabecera del libro: “Gente es ésta de la que hablo que conocí, y alguna de muy de cerca”. No oculta, por eso, el origen y lugar de nacimiento de la mayoría de ellos, todos de nuestras tierras del norte lucense

—tierras de Miranda—. Xil de Ribeira, natural de Ribeira de Pi-quín; Lamas Vello de Santalla de Oscos, paisano de Mel de Vincios; O Coxo de Entrebo, de la parroquia de Labrada de Buriz, en el municipio de Villalba; Silva de Posta era de Reigosa, en Pastoriza; O Señor Cordal, de la “Serra da Corda”, que se asoma al valle de Mondoñedo, de una de cuyas parroquias era también O Licho de Vilamor. Además en un exquisito sentido de fidelidad a sus personajes, describe magistralmente su apariencia y tipología. Valgan como ejemplo dos de ellos. “Perrón —se refiere a Perrón de Braña— era de mediana talla, pelirrojo, los ojos claros, muy lucida de oro la dentadura. Gastaba gorra visera negra y vestía de pana.” “Cabo de Lonxe era de mediana estatura, gordo y colorado, los ojos oscuros y vivos, una gran boca siempre abierta, que hablaba a gritos y seguido. Tenía, en cambio unas manos finas, muy expresivas en movimientos cuando alababa y mostraba una sortija o un rosario.”

En síntesis las fuentes de conocimiento para el desarrollo de sus relatos tienen origen en su infancia, su padre, la farmacia y los tipos de su entorno en las “Tierras de Miranda”.

## Aproximación entre el paciente y el menciñeiro

Para enfocar este apartado parece oportuno reflejar lo que los especialistas en el tema consideran acerca de lo que son el paciente y el curandero. En este sentido el enfermo que acude a él no le refiere un conjunto de síntomas para que sean ordenados, lo que propone es una situación vital enigmática para que sea descifrada. En ella los síntomas son solamente una parte, tal y como expone García-Sabell, quien añade que “en puridad un curandero gallego es un hombre de prima doctrina, humorista tal vez, psicólogo siempre, que cree de buena fe poseer poderes personales suficientes para sanar a sus semejantes”. Los *menciñeiros* están respaldados de manera inconsciente en la cultura heredada y por ello intuyen con nitidez que ningún paciente se cura de verdad si no se consigue centrarlo en la vida, situarlo en el mundo cotidiano, asentarlo en el terreno existencial que le corresponda. Ellos adivinan que curar es una tarea difícil, porque se trata de una empresa total, un asunto de profundas raíces, de relaciones esenciales, de suma y definitiva comunicación, de solidaridad con la vida.

Los *menciñeiros* cunqueirianos entienden al paciente como un todo, soma y psique. No sólo abarcan el motivo de la consulta, sino que trascienden a la totalidad de la persona. Adoptan una actitud abierta para el hombre desvalido que tienen a su lado. Cunqueiro recoge magistralmente este aspecto cuando escribe de Lamas Vello: “Poseía, como todos los curadores que yo conocí, una postura de amigable escuchar, de cariñoso confesor”. De este estilo de escuchar era también Perrón de Braña: “Estaba una hora cumplida al lado del paciente, fumando, hablando de cosas de ir y venir, del tiempo que corría y de la gente”. En otras ocasiones el encuentro era todavía más prolongado, como en el caso de Borrallo de Lagoa, quien “llevaba a Listeiro —un paciente suyo— todas las tardes a pasear, paseos de 2 o 3 leguas, y como quizás se haría noche en el regreso, pernoctaban en una posada o en un pajar”. De este modo queda documentado el hecho de aproximarse y conocerse entre el paciente y el curandero que propone Cunqueiro: hablar y pasear. J